

Hablando con el Doctor Luis

Barahona sobre su obra

“Anatomía Patriótica”

El próximo lunes, 12 tendrá lugar en la Sala de Artes y Letras una sesión de la Asociación de Filosofía para estudiar la obra “Anatomía Patriótica” del Dr. Luis Barahona Jiménez. Por este motivo, hemos considerado interesante someterle a una entrevista.

—Díganos, Dr. Barahona ¿cuál es su labor docente en la Universidad?

—Desde hace bastantes años trabajo en la Universidad, primero en la Facultad de Filosofía y Letras y ahora en la Facultad de Ciencias y Letras. En filosofía no tengo ninguna especialidad, he dado de todo y estoy contento de haberlo hecho, así al menos se ayuda uno a sí mismo y a los demás a ser si no filósofo, hombre, que es más importante. Por ahora trato de enseñar política, filosofía del arte y filosofía de la cultura. El filosofar sobre política es preocuparse por las cosas del hombre de carne y hueso, y no exclusivamente sobre el “hueso” de la filosofía que es la metafísica, aunque es un hueso con un tuétano muy alimenticio para el espíritu, al menos así lo creen los metafísicos; otros hay que dicen no encontrar nada en las sopas metafísicas, como aquellos pupilos del Buscón de Quevedo. Pero estas son cosas que interesan poco o nada a los lectores ocupados. Sobre arte y cultura la meditación filosófica es menos árida, pero también menos apasionante. Los valores del espíritu y la belleza se viven renamente, se cultivan a lo largo de la vida y se crean en momentos de culminación individual y colectiva y no están tan ligados a los menesteres perentorios de nuestra naturaleza corporal. Tanto en uno como en otro aspecto he sembrado y pretendo recoger algunas ideas que aparecerán más adelante en mis obras filosóficas de los próximos años.

—¿Cuál es el objetivo central de su libro “Anatomía Patriótica”?

—Aquello nació como un desahogo personal para dar respuesta a una serie de problemas e inquietudes que siempre me han preocupado en relación con el mundo social y nacional en que he nacido y en el que vivo. Una pretensión central no la he tenido al escribirlo, pero sí al menos el despertar ciertas inquietudes y preocupaciones por los temas en ellos tratados. Creo que los estudiosos somos como los vigías que otean el horizonte antes que los demás y estamos en la obligación de decir lo que vemos y cómo lo vemos, no para alarmar, sino más bien para entusiasmar a las personas bien dispuestas para que vengán pronto y traten de llegar por sí mismos a constatar nuestras observaciones por si de ello puede seguirse a algún bien para los hombres que viven bajo el mismo alero de la patria.

—Hemos visto que la sesión se anuncia como un “Juicio Oral Público”. ¿A qué se debe ese formalismo jurídico para una mesa redonda filosófica?

—En verdad, no puedo constatarle con exactitud, pero caben varias suposiciones. Una, el deseo de innovar y de hacer más incitante el diálogo sobre temas filosóficos. Usted sabe que según Aristóteles la curio-

sidad dio origen a la filosofía. Otra que me preocupa, el considerar al que escribe como un presunto delincuente, en lo que no irían del todo descaminada la hipótesis, delincuente por la forma de decir las cosas y por lo que se diga y aun por lo que se deje de decir. Porque, según Amado Nervo, las palabras dicen y quieren decir. Hay palabras que no se deben decir, hay otras para ser pronunciadas siempre, las hay vacías, las hay locas, unas pocas son sabias, como sus dueños.

Lo que se dice o enuncia, el fondo o mensaje de los libros o textos literarios unos valen por la verdad, otros por la belleza, otros por el bien que producen, de manera que el aparato judicial bien puede tener jurisdicción en bromas y veras, sobre lo que se escribe y, como diría el famoso cura del escrutinio de la librería quijotesca, hay libros que valen tanto o más que el mejor tesoro del mundo, pero otros... entre ellos no me extrañaría que es tuvieran los míos, a pesar de que mis ilusiones van por otro lado pero confiemos en la bondad del tribunal y en la naturaleza del tema que se mueve siempre en terreno meramente opinable.

—Cuál es, Dr. Barahona, su actitud política?

—Sembrar y esperar. En otro tiempo desesperaba porque desconfiaba. Hoy, no obstante las desilusiones que acompañan a todo el que ha llegado a la edad madura y que conoce de cerca lo que es el hombre-político (mitad animal, mitad hombre) pienso que si la simiente que se lanza al surco es buena, produce buen fruto, como en la parábola. Como no tengo ambiciones dejo que el tiempo haga madurar la semilla. Hay buen sol y agua abundante en nuestra patria, la tierra es buena (la juventud), de manera que dadas las condiciones de los tiempos, los problemas que nos rodean y preocupan, y la urgencia de crear las condiciones para una sociedad política más justa y humana, día vendrá en que las buenas causas tendrán buenos defensores. Los jóvenes de hoy se interesan cada vez más en las cuestiones políticas y hay en ellos cierta sensibilidad que les permite interesarse y, aún más, comprometerse con los nuevos planteamientos. Estoy seguro de que la próxima cosecha será abundante en valores humanos y muy prometedora para el mejoramiento de Costa Rica. Sembrar y esperar: soy un agricultor fracasado por no haber heredado hacienda, pero como maestro no me considero fracasado, la semilla que he sembrado y continúa sembrando fructificará. Esa es la contribución política que doy a mi país.

—¿Tiene en preparación algún otro libro, profesor?

—Ya he mencionado dos, en realidad casi todos los días escribo algo, así es que cuando me doy cuenta tengo material para un nuevo libro. Ahora preparo dos sobre temas de la juventud y de la universidad. Tengo sin editar un trabajo filosófico extenso y está a punto de salir “El Pensamiento Político en Costa Rica”. A finales de año la Editorial Costa Rica publicará, “Ideas, Hombres y Paisajes”.